

Luis Alberto Moratinos Lagartos

EL EUROPEISMO ORTEGUIANO: RECEPCIÓN Y VALORACIÓN

PRESENTACIÓN

El pensamiento europeísta de Ortega y Gasset es una de las facetas más importantes que nos encontramos en su vida y obra. A pesar de ello, se ha producido, tanto en su vida, como tras su muerte, una lenta recepción y asimilación, así como una mermada consideración y ponderación del mismo. En este sentido, creemos que la formidable vena europeísta que posee Ortega no ha sido atendida, ni suficientemente valorada por los investigadores. A pesar de que numerosos autores se han ocupado de desentrañar su particular idea de Europa y su pensamiento europeísta, muy pocos han llevado dicho pensamiento a su <<circunstancia determinada>>. Estudiándolo, en primer lugar, al calor de la historia de la idea de Europa y al calor de la historia del ideal europeísta, para así, poder situar el europeísmo orteguiano en su época y en su tiempo histórico; y, en segundo lugar, estudiar la influencia que ha tenido su mensaje europeísta para el inicio del proceso de integración europea.

RECEPCIÓN Y VALORACIÓN DEL MENSAJE EUROPEÍSTA ORTEGUIANO

Recepción y valoración en vida del autor

Europa fue la obsesión de Ortega durante toda la década de los años veinte. Su meta fue elaborar una teoría que explicase la crisis por la que atravesaba la Europa de la primera posguerra y lanzar una propuesta de solución para sus problemas. Sus avances fueron lentos. Las bases fueron sentadas en su libro *España invertebrada* de 1921, pero, sobre todo, en el <<Prólogo>> a la segunda edición del mismo libro, un año más tarde¹. Textos que marcaron la definitiva apuesta europea, si se quiere europeísta, de Ortega. La continuación de estas bases la encontramos, sobre todo, en textos como *Las Atlántidas* (1924), el artículo <<Sobre una encuesta interrumpida>> (1927) o sus reflexiones sobre *Mirabeau o el político* (1927). En ellos, en una lectura global, nos encontramos dos ideas principales que nos estaban anunciando ya las líneas maestras que iban a componer la definitiva teoría de la crisis europea y su solución al respecto. En la primera, Ortega constataba una falta de deseo en el europeo, lo que se tradujo en un diagnóstico definitivo de desmoralización; y, en la segunda, Ortega reclamaba imaginación, innovación y capacidad de invención política e institucional para la

¹ La mayoría de los estudiosos del europeísmo orteguiano, coinciden en señalar el cambio de rumbo hacia los problemas europeos, hacia el europeísmo en suma, que suponen ambos escritos. Podemos señalar, entre ellos, a Harold C. Raley (en *Ortega y Gasset: filósofo de la unidad europea*, Madrid, Revista de Occidente, 1977, p. 72), Arturo Ardao (<<Los dos europeísmos de Ortega>>, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 403-405, Enero-Marzo, 1984, p. 502), Alain Guy (<<Ortega y Gasset: su visión de Europa>>, *Aporía* 21/24, Vol. VI, 1983-1984, p. 27) o José María Beneyto (*Tragedia y razón: Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus, p. 152). Quien mejor lo ha definido ha sido J. M. Sevilla, denominando a este libro de manera muy acertada y perspicaz como <<un ensayo de europeidad>> para Ortega, (<<Ortega y la idea de Europa>>, *Revista de Estudios Ortegaianos*, nº 3, 2001a, p. 88).

solución a los problemas de Europa, lo que le hizo abrazar la idea de un europeísmo integrador y desembocar en la petición de unos <<Estados Unidos de Europa>>².

Desmoralización como diagnóstico definitivo para la crisis de Europa, y, por otro lado, unidad europea —tras una previa edificación de una nueva moralidad y con ella un nuevo proyecto de vida y un nuevo programa de acción—, como solución definitiva a la misma —una vez que Ortega negó una Europa en decadencia—, tuvieron su plenitud en *La rebelión de las masas*, en 1930; libro que marcó la apuesta definitiva de Ortega por el europeísmo integrador.

Dos años después de la publicación de dicha obra de Ortega, Manuel García Morente lo interpretó en clave europeísta. Fue en el Congreso celebrado en Italia en 1932 donde su amigo y discípulo García Morente presentó la llama europeísta que Ortega acababa de prender. Roma, la ciudad donde se celebró dicho congreso, fue la rampa de lanzamiento para que esa llama europeísta orteguiana se desplazara a toda Europa, dado la múltiple y variada procedencia europea de los numerosos participantes³.

La conferencia <<Apunte sobre las condiciones espirituales de la unidad europea>>, con la que Morente certificó su participación en el <<Convegno>> sobre el tema <<Europa>> —punto de estudio del congreso—, fue, por tanto, uno de los primeros escritos de cierta relevancia que trató de desentrañar los postulados europeístas de Ortega⁴. En su conferencia, Morente negó la existencia de una decadencia europea, exponiendo los motivos que le incitaban a tal afirmación y llegando a la conclusión <<de que Europa no ha perdido vitalidad, ni poder creador, ni esfuerzo plástico y directivo>>, solamente carece de <<un quehacer, una empresa a ejecutar, un futuro a realizar en colectividad>>. Esa empresa común, naturalmente, va a ser el esfuerzo por unir las naciones europeas en una unidad supranacional.

El mismo Morente se refiere a las <<condiciones espirituales>> que se debían dar para llegar a esa unidad europea. Reproducimos aquí el párrafo completo —en lengua francesa en la fuente consultada—, puesto que nos parece de lo más esclarecedor, ya que se mezclan en una síntesis muy lúcida las principales ideas del primer europeísmo orteguiano, sus ideas filosóficas y sociológicas y la propia interpretación del propio Morente. Dice éste:

<<Mais l'union européenne se fera, comme toutes les grandes unités de l'histoire, dès que l'on aura perçu clairement le but, la fin, le sens des efforts à faire. L'union européenne ne peut pas se faire sur les éléments et les forces du passé, elle ne peut pas se faire sur la base de la race, de la langue, du territoire, de ce qui est traditionnel, en somme. Elle ne peut venir que de la pensée du futur. L'idée d'une entreprise commune, qui enflamme tous les coeurs; la vision claire d'un nouveau type d'humanité à réaliser tous ensemble sera l'élément agglutinant et organisateur qui reunira les nations européennes en une unité pleine et toutefois respectueuse des différents nationalismes. Le nationalisme s'est toujours opposé à l'unité d'Europe, parce qu'il craignait d'en recevoir dommage. Mais l'union fondée sur une tâche humaine à remplir en commun ne peut être opposée ni incompatible avec les nationalismes. Dans l'entreprise à réaliser les nations pourront conserver toute leur substantialité, bien que toutes s'accordent

² Según Bernard Voyenne, fue Carlo Cattaneo quien utilizó por primera vez, en los momentos revolucionarios de 1848, la expresión <<Estados Unidos de Europa>> (*Historia de la idea europea*, Barcelona, Labor, 1970, p. 156).

³ Entre ellos había austriacos, búlgaros, checos, daneses, estonios, franceses, germanos, griegos, británicos, italianos, yugoslavos, letonios, luxemburgueses, polacos, portugueses, holandeses, rumanos, suecos, suizos, húngaros, ucranianos y, por supuesto, españoles. El grupo de españoles lo formaron Juan Estelrich, Ernesto Giménez Caballero, Claudio Sánchez Albornoz y Manuel García Morente.

⁴ En *Convegno di scienze morali e storiche: L'Europa / Il convegno Volta*, Roma, Reale Accademia d'Italia, 1933, pp. 248–253. (La edición manejada se encuentra impresa en cinco lenguas distintas: italiano, francés, español, inglés y alemán).

pour la réalisation de cette haute entreprise humaine; comme les joueurs de foot-ball gardent chacun leur individualité, tout en collaborant organiquement au succès de l'entreprise commune. Il faut espérer que la formation intellectuelle et morale d'une élite européenne favorise l'éclosion du nouvel idéal>>⁵.

En suma, tenemos una interpretación inmediata, reciente y de primera mano de las ideas que Ortega ha desarrollado sobre la situación de Europa en torno a 1930, plasmadas en su libro *La rebelión de las masas*, y, al mismo tiempo, una brillante síntesis del mensaje europeísta orteguiano que contiene dicho libro. Ideas europeístas de Ortega que, como podemos comprobar, habían calado extraordinariamente en su círculo de discípulos españoles, y, mensaje europeísta orteguiano que ya estaba circulando por Alemania y Gran Bretaña, puesto que la traducción alemana del libro *La rebelión de las masas* es de 1931 y la traducción al inglés de 1932. En este sentido, dichas ideas europeístas también van a recalar en Italia, por medio de García Morente, aunque la traducción del libro a esta lengua se retrase al año 1945⁶. Como vemos, este primer europeísmo de Ortega, estaba siendo presentado en los círculos y congresos europeístas de la Europa de entreguerras —en este caso de un modo indirecto, por mediación de García Morente—; etapa ésta en la que el ideal europeísta sufrió un impulso y un fervor extraordinario⁷.

Como ha escrito Thomas Mermall, en los años posteriores a la publicación de *La rebelión de las masas*, <<en no pocas reseñas se pedían cuentas a Ortega sobre cómo llevar a cabo el plan de una Europa unida>>⁸. Creemos que existe una pequeña diferencia, por tanto, entre la labor de Morente y las reseñas de que fue objeto el libro, tal como nos advierte Mermall. Aunque, por otro lado, debemos tenerlas presentes a la hora de valorar la recepción del libro y, concretamente, de una de las ideas que portaba: el compromiso europeísta. Ahora bien, debemos tener en cuenta que Ortega escribió su <<Prólogo para franceses>> en 1937 y su <<Epílogo para ingleses>> al año siguiente, con la intención de arrojar un poco de luz sobre el verdadero contenido del libro, y que su lectura no llevase a interpretaciones erróneas e imprecisas por la incompreensión de lo que decía en sus páginas. Al respecto, no debemos olvidar que el programa de salvación orteguiano para Europa, aparte de la vertiente política, contemplaba también una cultura nueva para el Viejo Continente, y, con ello, una nueva filosofía; aspecto éste que para Ortega guardaba conexión con la crisis de la cultura de la modernidad y con los peligros de la masificación de la sociedad y su incidencia perjudicial en esa misma cultura.

Sin embargo, el esfuerzo de Ortega no logró impulsar su primer mensaje europeísta y éste pasó desapercibido para una gran mayoría. Lo mismo sucedió con los escritos que forman parte del mensaje europeísta de la segunda posguerra. Recuérdese que su conferencia *De Europa meditatio quaedam*, la columna vertebral de dicho europeísmo, a pesar del tremendo eco que produjo en su tiempo, no se publicó hasta 1960⁹.

⁵ *Ibidem*, los entrecomillados en pp. 251, 252 y 249.

⁶ Cfr. Mermall, Thomas, <<Introducción biográfica y crítica>>, en *La rebelión de las masas*, Madrid, Castalia, 1998, p. 7.

⁷ Con respecto al impulso europeísta en la etapa de entreguerras, *vid.*: Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á., <<Estudio preliminar>>, en Coudenhove-Kalergi, R. N., *Panuropa: dedicado a la juventud de Europa* (traducción de Ángel Gamboa Sánchez; corrección y puesta al día de la traducción Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez Pérez, Guillermo Á.), Madrid, Tecnos, 2002, pp. xi–xlviii.

⁸ Mermall, Thomas, <<Introducción biográfica y crítica>>, en *La rebelión de las masas...*, *op. cit.*, p. 10.

⁹ Dicha conferencia viene incluida en el volumen IX de sus *Obras Completas* a partir de 1960 en las ediciones de Revista de Occidente. Al comienzo de su texto *De Europa Meditatio quaedam*, aparece una nota a pie de página que relata la enorme expectación que causó Ortega aquel día en Berlín. Dicha nota

No obstante, tenemos constancia de escritos que de alguna u otra manera aluden al mensaje europeísta de Ortega en vida de éste. Al respecto, el caso de César Barja nos parece el más relevante. En su obra *Libros y autores contemporáneos*, editado por primera vez en el año 1935¹⁰, Barja realiza un estudio de distintos autores españoles de ese mismo momento, a través de sus obras más significativas publicadas hasta esa fecha. Los elegidos son: Ganimet, Unamuno, Ortega, Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Machado y Pérez de Ayala. Centrémonos en la figura de Ortega. En el estudio de libros de Ortega no falta, por supuesto, *La rebelión de las masas*, publicado cinco años antes, y al que considera en cierto sentido <<algo así como una Europa invertebrada, hermana de la España invertebrada>>¹¹. Percatándose Barja, de este modo, ya en 1935, por donde camina el libro de Ortega. Además, definió a su autor como un <<intérprete del momento actual>>, un hombre cuyo pensamiento y obra estaban caracterizados por una nota de actualidad, de novedad, de modernismo. El cometido de Ortega, pues, será para Barja el hecho de <<definir la hora que vivimos>>. Y la hora por la que estaban atravesando en esos momentos venía marcada por la decadencia de Europa¹².

Después de analizar las líneas generales del proceso evolutivo de los <<grandes organismos históricos>>, Barja afirma que es <<sobre todo en *La rebelión de las masas* donde Ortega aborda más directamente y discute más comprensivamente la cuestión de la decadencia de Europa>>¹³. Ahora bien, tras esta buena lectura coetánea o simultánea de lo que supone el carácter de Ortega y de su obra, Barja, por lo que se refiere a la cuestión europeísta orteguiana se queda en la superficie, refiriéndose tan solo con un párrafo alusivo al mensaje de unidad de Europa que contiene *La rebelión de las masas*, cuando en un punto de su libro es analizado minuciosamente. Sobre todo se centra en plasmar la idea de la unificación europea tras percibir que la organización histórica nacional había entrado en crisis. Barja dice así:

<<(…) frente al atómico panorama de todos estos nacionalismos, que son otros tantos callejones sin salida y otras tanta barreras que se oponen a la plena expansión de la vitalidad de cada pueblo y del continente europeo todo, Ortega no ve más que una solución; una solución que vendría a ser la realización de la promesa implícita del vocablo *Europa*, a saber: la elevación de Europa a idea y realidad nacionales; la unión de los varios pueblos europeos en un gigantesco Estado nacional>>¹⁴.

Recepción y valoración tras la muerte del autor: años cincuenta y sesenta

Tendremos que esperar al fallecimiento de Ortega, en 1955, para encontrar verdaderos análisis sobre sus postulados europeístas. Fue necesario, pues, esperar al arranque del proceso de integración europea para constatar que mucho tiempo antes,

fue publicada en el <<Semanao de los estudiantes españoles>> de Madrid, *La Hora*, II época, núm. 26, (6 de noviembre de 1949), anteponiéndose a unos párrafos de la conferencia de Ortega publicados en este número. El párrafo más significativo de dicha nota, es aquel que dice: <<(…) conviene hacer saber que el día en que don José Ortega y Gasset dio su conferencia las multitudes de público que no habían conseguido tarjeta de entrada, a pesar de haberse repartido varios miles —todas las mayores aulas estaban provistas de altavoces—, asaltaron el edificio, y fue inevitable una seria intervención de la Policía. Los periódicos alemanes, durante varios días, han relatado estos incidentes y hecho sobre ellos comentarios bajo el título humorístico: “La rebelión de las masas”, aludiendo al libro de nuestro compatriota, que es hoy una de las obras más populares en Alemania>> (*Obras Completas*, IX, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983 pp. 247–248).

¹⁰ Una edición más moderna es la editada en Nueva York, por Las Américas Publishing, 1964.

¹¹ *Ibidem*, p. 126.

¹² Cfr. *Ibidem*, p. 142.

¹³ *Ibidem*, p. 149.

¹⁴ *Ibidem*, p. 179.

Ortega, junto a otros, soñaba con la Europa unida. Sueño que hicieron constar Antonio Rivera Losada en un artículo de 1957, titulado <<La Europa federal: un sueño de Ortega y Gasset>>¹⁵ y Jerónimo Mallo en su artículo de principios de los sesenta, que lleva por título <<Ortega y la unificación de Europa>>¹⁶. Por lo tanto, estamos ante dos artículos importantes donde se estudia única y exclusivamente la faceta europeísta de Ortega, y en los que se pone de relieve el carácter profético, previsor y la actualidad que cobraban los pensamientos del primer Ortega europeísta.

El artículo de Rivera Losada está escrito en un año trascendente para la historia de la integración europea, 1957. Tras la Cumbre de febrero de los Seis Estados de la CECA en París, alcanzaron un acuerdo sobre las nuevas Comunidades Europeas, creando así, por medio de los Tratados de Roma, el 25 de marzo, la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEA o EURATOM)¹⁷. Dentro de esta coyuntura integracionista europea, Rivera Losada escribió su artículo destacando que al fin comenzaba a cristalizar los deseos de los <<Padres de Europa>>¹⁸. Pero antes de los deseos y los anhelos, en un estadio inferior de desarrollo, se encuentran los sueños. Y si la generación política de la segunda posguerra deseó hacer Europa, hombres anteriores a los llamados <<Padres de Europa>> —la generación política europea de los años 50 del siglo XX¹⁹—, la habían soñado. Soñando, y lo que es más importante, deseando y profetizando que ese deseo se haría realidad palmaria. Este es el caso, según Rivera Losada, de José Ortega y Gasset, del cual destaca la actualidad que habían cobrado —en ese año de 1957— las ideas plasmadas por el pensador español en los escritos que componen *La rebelión de las masas*.

Para constatar y sustentar en ese año el carácter profético y previsor de las palabras y escritos de Ortega, el autor se refirió a una serie de hechos significativos ya advertidos por el filósofo español en la década de los treinta del siglo XX. Destacamos dos de ellos: el primero, hacía alusión a la imposibilidad de las naciones como organización política, contrastado con lo positivo del mercado interior europeo en el mundo de 1957; y, el segundo, aludía al pronóstico por el cual la iniciación del proyecto europeo se realizaría por medio de un proceso de fatalidad histórica. En este sentido, Ortega decía en 1937 que <<la ocasión que lleve súbitamente a término el proceso puede ser cualquiera: por ejemplo, la coleta de un chino que asome por los Urales o bien una sacudida del gran magma islámico>>²⁰. De este modo, nos recuerda el autor el episodio reciente del Canal de Suez, acaecido en 1956, lo que supuso la constatación definitiva de la debilidad internacional de las naciones europeas como tales. A la par, como señaló Rivera Losada, éste carácter profético de Ortega también se sustentaba en la opinión europeísta de los pueblos que en ese año de 1957 se encontraban formando parte del proceso de integración. Dicha opinión, y para ello se refirió a unas encuestas realizadas en ese año, era casi unánime en dichos Estados. Opinión europeísta unánime, que le colmó de esperanzas y le hizo alumbrar un futuro optimista para el proceso de

¹⁵ En *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 90, (1957), pp. 355–358.

¹⁶ Publicado en *Ínsula*, nº 186, (1961), pp. 3 y 12.

¹⁷ Cfr. Morata, Francesc, *La Unión Europea. Procesos, actores y políticas*, Barcelona, 1998, pp. 25–32.

¹⁸ Dice Rivera Losada al respecto: <<Al fin, los proyectos de Robert Schuman, De Gasperi y Spaak comienzan a cristalizar en resultados prácticos, por obra de los dirigentes de los Estados coligados, donde destaca la voluntad del Canciller Adenauer, occidentalista hasta la médula>>, <<La Europa federal: un sueño de Ortega y Gasset>>..., *art. cit.*, p. 355.

¹⁹ *Vid.*, Pérez Sánchez, Guillermo, <<El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad>>, en Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (coordinadores), *Historia de la integración europea*, Madrid, Ariel, 2001, pp. 50–52.

²⁰ *Obras Completas*, IV, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983, p. 119.

integración europea. Puesto que el autor expuso su temor al decir que <<si lo conseguido no fuese más que un acuerdo de los gobiernos interesados, habría que temer por la consistencia futura de tales convenios>>²¹; refiriéndose, naturalmente, a los Tratados de Roma.

El pequeño artículo de Mallo se centró en hacernos notar sobre todo la condición de providencia y lucidez, que poseía Ortega para vislumbrar los acontecimientos del futuro más próximo, y no sólo eso, sino advertir cómo y por qué van a suceder. Es algo así como un reconocimiento de la capacidad intelectual de Ortega, de su sensibilidad histórica y de la validez de su método de la <<razón histórica>>. Centrado su estudio en las distintas partes que componen su libro *La rebelión de las masas*, nos señaló que más de treinta años después se estaban cumpliendo y confirmando las previsiones del Ortega de la década de los años treinta del siglo XX.

Antes de verificar estas previsiones, Mallo realizó unas reflexiones desde su actualidad, y nos constató la situación en la que se encontraba el proceso de integración europea, que, en esos momentos, —principios de los años sesenta del siglo XX: la <<Europa de los seis>> o la <<pequeña Europa>> del Mercado común, formalizado tras los Tratados de Roma de marzo de 1957—, disfrutaba de sus éxitos iniciales, e inclusive ejercía un poder de atracción para el resto de países del occidente europeo, que comenzaron a solicitar la apertura de negociaciones con las Comunidades Europeas²². En este sentido, vaticinará Mallo que, aunque la iniciación del proceso y su desarrollo primordial se deben exclusivamente a necesidades y objetivos económicos, pronto la integración abrazará la totalidad del occidente europeo. Vista la situación del proceso de integración europea en este periodo concreto, veamos, por boca de Mallo, lo que Ortega decía al respecto.

Hemos dicho que Mallo se apoyó en los escritos de *La rebelión de las masas* para fundamentar la excelente clarividencia histórica de Ortega, para confirmar sus previsiones. Su planteamiento se basó sobre todo, en hacer constar la idea de la imposibilidad del Estado nacional como organización económica, política, intelectual o en las demás actividades de la vida del siglo XX, y la necesidad de trascender dicha organización a través de la fórmula de los <<Estados Unidos de Europa>>. Naturalmente es correcto su planteamiento, pero Mallo podía haberse fundamentado, una vez publicado en 1960 la conferencia *De Europa meditatio quaedam* de Ortega, en los postulados europeístas que Ortega lanzó tras 1945, no solamente en su más famoso libro. Lo que nos hace concluir que, Mallo sólo hace referencia al primer europeísmo orteguiano, dejando a un lado sus escritos europeístas tras la Segunda Guerra Mundial, lo que hubiera reforzado aún más su <<aureola>> de intelectual lúcido, clarividente y previsor.

Al margen de estos dos importantes artículos, la faceta europeísta de Ortega, en este período, está presente también en algunos estudios sobre el filósofo español, que se hacen eco de sus postulados de unidad europea: es el caso, por ejemplo, del libro de

²¹ Rivera Losada, Antonio, <<La Europa federal: un sueño de Ortega y Gasset>>..., *art. cit.*, p. 355.

²² Sobre los acontecimientos de los años 60 en el proceso de integración europea, *vid.* Gay Armenteros, Juan C., <<El proceso de integración europea: de la “pequeña Europa” a la Europa de los Quince>>, en Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (coordinadores), *Historia de la integración europea...*, *op. cit.*, pp. 129–134; Pérez Bustamante, Rogelio, *Historia política de la Unión Europea, 1945–1995*, Madrid, Dykinson, 1995, pp. 127–155; Truyol y Serra, Antonio, *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. I: Génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951–1979)*, Madrid, Tecnos, 1999, pp. 67–87.

José María Hernández Rubio, que lleva por título *Sociología y política en el pensamiento de Ortega y Gasset*²³, donde el autor desembocó por medio de la sociología de Ortega y sus conexiones con los conceptos de Estado y nación, hasta el europeísmo orteguiano; o, por otro lado, de la obra de Ciriaco Morón Arroyo, titulada *El sistema de Ortega y Gasset*²⁴, donde el autor, en uno de los apartados del libro, reflexiona sobre uno de los aspectos más interesantes del europeísmo orteguiano, a saber: las distintas consideraciones y valoraciones históricas que Ortega tuvo de Europa.

Esta última cuestión ha sido motivo de preocupación para todos aquellos que se han acercado a estudiar el europeísmo orteguiano, siendo Morón Arroyo uno de los primeros en abordar dicha problemática. Pues bien, nosotros tenemos que decir que su europeísmo se enmarcaba dentro de lo que podemos llamar el <<pensamiento europeo>> de Ortega, donde únicamente era una de las dos ramificaciones que componían el mismo. La otra ramificación estaba compuesta por el programa de europeización, cuyo cometido primordial fue confeccionar una solución al llamado problema secular español, cuya característica definitoria principal era el atraso y la postración con respecto a la realidad histórica de Europa. Por su afinidad, por tanto, no debemos eludir que al Ortega europeísta le acompaña el Ortega europeizante; es decir, el Ortega que elabora un programa de reconstitución y refundación de España a partir de bases y normas europeas. El europeísmo, por su parte, tomaba una dirección ascendente, marcada por el progreso, el adelanto, la superación y la trascendencia de las antiguas estructuras por las que se regían las distintas naciones europeas, y cuya finalidad principal consistía en la invención e innovación, en una nueva construcción y fundación. Así, pretendemos establecer una correcta diferenciación del pensamiento europeo de Ortega en dos dimensiones diferentes pero complementarias —primero europeización y después europeísmo—, ya que algunos autores han tratado de manera indistinta ambos términos para referirse a una u otra dimensión.

A este respecto, nos es conocido el patriotismo español del que hacía gala Ortega. Hasta tal punto este amor a España y esta obsesión por el problema español, que se convirtió —junto a su vocación personal— en base esencial para comprender su pensamiento filosófico²⁵. Pues bien, el joven Ortega emprendió un recorrido que le llevó desde la toma de conciencia circunstancial española a la preocupación por España y el llamado <<problema español>>, hasta la necesidad de salvarla para así poder salvarse él. El viaje emprendido le llevó a toparse con la realidad Europa y a descubrir que su circunstancia española estaba inserta en una circunstancia mayor: la circunstancia europea²⁶. Europa, a partir de esos momentos se convirtió para Ortega en orientación, al considerarla, nuestro autor, como un punto de vista superior marcado sobre todo por la ciencia, a la cual debía de aspirar España. La solución, pues, para el problema español, estaba en Europa y tenía que ser canalizada a través de un programa de europeización. Este era el modo con el que Ortega pretendía salvar su circunstancia y salvarse él.

Aquí tenemos, en definitiva, al Ortega europeizante, que consideraba a Europa como solución. Distinto del Ortega europeísta, cuya pretensión última fue salvar a la Europa decadente y relegada tras los dos conflictos mundiales —es decir, cuando la realidad Europa se volvió problemática—, por medio de un programa de unidad europea donde considere a esa misma Europa como posibilidad. En este sentido, son tres las

²³ Editado por primera vez en Barcelona y por BOSCH, en el año 1956.

²⁴ Publicado en Madrid por Ediciones Alcalá en 1968.

²⁵ Cfr. *Ortega y Gasset*, —Edición de Pedro Cerezo Galán—, Barcelona, Ed. Península, 1991, p. 15.

²⁶ Ortega y Gasset, José, *Obras Completas*, I, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983, p. 557.

<<Europas>> que el filósofo español trabajó: en primer lugar, Europa como orientación; en segundo lugar, Europa como problema; y, en tercer y último lugar, Europa como probabilidad. La primera pertenecía al programa de europeización orteguiana, mientras que las dos siguientes, a su pensamiento europeísta.

Con todo, ni siquiera la literatura histórica europeísta, escrita en Europa y por europeos en las décadas de los cincuenta y sesenta, había considerado la idea de Europa de Ortega ni su mensaje europeísta. Al respecto, sólo Denis de Rougemont, que en el año 1961 publicó *Vingt-huit siècles d'Europe. La conscience européenne à travers les textes. D'Hésiode á nos jours*²⁷, le otorgó un sitio de honor dentro de la <<conciencia europea>>. Concretamente, menciona a Ortega al analizar el europeísmo del siglo XX, específicamente en la época de entreguerras, y bajo el título <<La Europa en cuestión>> o <<la Europa en duda>>. Distinguiendo en esta etapa entre autores que poseían un carácter pesimista de la situación de Europa —O. Spengler, P. Valéry, T. Mann, M. de Unamuno, K. Jaspers, Hilarie Belloc, C. J. Burckhardt, J. Maritain—, y, por otro lado, a los que considera pensadores <<crepusculares>> o de la <<nueva aurora>>. Autores, éstos últimos, que están lejos del pesimismo de los primeros, manifestando que Europa, su civilización, no estaba en decadencia. Uno de estos pensadores de la <<nueva aurora>> es Ortega. Rougemont lo incluye junto a J. Benda, M. Heidegger o Hugo Von Hofmannsthal²⁸. Todos ellos analizaron la supuesta decadencia europea, para proporcionarnos después una fórmula para el renacimiento y la superación de esa crisis.

Lo característico en este caso, es la inclusión de textos de los propios pensadores. Distintos extractos de *La rebelión de las masas*, son los que están incluidos en el libro de Rougemont para dar fe de la contribución de Ortega a la conciencia europea, al europeísmo. A través de estos distintos párrafos el autor quiere constatar que Ortega vio en la crisis de Europa un catalizador para la propia Europa, es decir, la condición posible para un renacimiento, para una renovación, para un impulso. La meta a la que llevaba este impulso es, sin lugar a dudas, la unidad de Europa. Constatado ya que tras esta aparente decadencia se encuentra la crisis bienhechora que permitiría a Europa ser literalmente Europa²⁹, Rougemont lo va incluir dentro de los distintos autores que creían que dicha unidad estaba basada en la diversidad. Dicho principio, constituía para éstos autores, un fundamento principal para la unión federal de las distintas naciones europeas³⁰.

Pero si el autor suizo ubica a Ortega dentro del europeísmo de la primera mitad del siglo XX, con otros libros de la época no podemos decir lo mismo. Veamos algunos ejemplos representativos. El primero, el libro de Édouard Bonnefous, *L'idée européenne et sa realition*³¹, no incluye a Ortega dentro de los creadores de la idea de Europa. Bernard Voyenne, en su libro *Historia de la idea de Europa*, publicado a principios de la década de los sesenta del siglo pasado, no lo incluye al analizar la trayectoria del ideal europeísta en la primera mitad del siglo veinte. Por su parte, René Sedillot, tampoco menciona a Ortega en su repaso histórico a la concepción de la idea de Europa en el primer capítulo de su libro de 1967 *Europa, esa utopía*³². Carl J.

²⁷ Hemos manejado la edición traducida al español con el título *Tres milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos. De Hesíodo a nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

²⁸ Cfr. *Ibidem*, pp. 326–332.

²⁹ Cfr. Ortega y Gasset, José, *Obras Completas*, IV..., *op. cit.*, p. 241–242.

³⁰ Ortega es incluido con Chr. Dawson, H. De Keyserling, P. Valéry, Ernest Jünger, T. S. Eliot, E. R. Curtius, J. P. Sartre, Arthur Koestler o Robert de Traz, englobados todos ellos bajo el título: <<La época de las federaciones: de la unidad cultural a la unidad política>> (Cfr. *Tres milenios de Europa...*, *op. cit.*, pp. 389–391).

³¹ París, Éditions du grand siècle, 1950.

³² Madrid, Guadarrama, 1967.

Friedrich, en su libro de 1969 *Europa: el surgimiento de una nación*³³, no contempla a Ortega en su primer capítulo, cuando analiza a distintos pensadores europeístas. Por último, Henri Brugmans, en su obra *La idea de Europa, 1920–1970*³⁴, tampoco incluye al pensador español en ese breve recorrido por la trayectoria europeísta.

El punto de inflexión sobre los estudios del europeísmo orteguiano: Harold C. Raley y su libro de 1971 *José Ortega y Gasset: filósofo de la unidad europea*

Fue Harold C. Raley, quien, en 1971 con la publicación de su tesis doctoral *José Ortega y Gasset, the Philosopher of European Unity*³⁵, marcó un punto de inflexión, un antes y un después en el estudio del europeísmo orteguiano. Título sugerente y contundente, que nos acredita de entrada el papel desempeñado por Ortega en el proceso de integración de Europa en el siglo XX: estamos en este caso, ante un intelectual de la idea de Europa desde la filosofía y un constructor de unos postulados europeístas a través de su propia idea de Europa, por medio de los cuales respaldará la deseada unidad de Europa. Por tanto, Raley, <<revolucionó>> los estudios sobre una de las facetas más importantes del pensamiento de Ortega, teniendo en cuenta, además, de que se trata del primer libro que investigó de una manera exclusiva la faceta europeísta del pensamiento general de Ortega.

Raley parte del siguiente planteamiento inicial: el pensamiento de Ortega sobre Europa está integrado en su sistema general filosófico, es decir, que sin la comprensión de éste no entenderemos el primero. De modo que, para llegar a entender los postulados europeístas de Ortega tenemos que precisarlos, conectarlos e incluirlos dentro de su pensamiento filosófico global; se trata, pues, de una tarea de comprensión mutua³⁶.

A esta tarea se entrega el autor en los dos primeros capítulos de su libro, en los que definió la teoría general de la vida humana o metafísica de Ortega y, por otro lado, su teoría de la vida colectiva, lo que le permitió concluir que tras la idea de Europa que construye Ortega, tras su pensamiento europeísta que le llevó a apostar por la unificación de Europa, se encuentra una <<argamasa>> compuesta por: una filosofía, una noción metafísica de lo humano, una visión de la historia, una sociología, sus ideas sobre el Estado y la nación, y su propia ideología liberal. Además, se trata de un tema contemporáneo a Ortega, por tanto, un tema personal de interés, de curiosidad; de esa curiosidad infinita e insaciable de la que el filósofo español hacia gala. Ésta es, sin duda, la gran aportación de Raley al estudio del europeísmo orteguiano: la consideración de éste como una parcela integrada dentro de su filosofía de conjunto. Sin ésta filosofía, sin los componentes que hemos descrito, no es posible entender la faceta europeísta de Ortega.

Con estos instrumentos, Raley va a rastrear los <<temas europeos>> en los escritos de Ortega. Buen conocedor de la idea orteguiana de los <<grandes ciclos históricos>> o fases por las que atraviesan las civilizaciones —compuesta por un ciclo preparatorio o fase tradicional, una etapa de plenitud o fase revolucionaria y una era de crisis o fase posrevolucionaria—, no sólo realizó el análisis de las raíces del pensamiento europeísta orteguiano, imprescindibles, por otro lado, para comprender

³³ Madrid, Alianza Editorial, 1973.

³⁴ Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1972.

³⁵ En su título original, publicado por The University of Alabama Press, posteriormente traducido del inglés por Ernestina de Champourcin, y editado en lengua española por *Revista de Occidente* en 1977, con el título: *José Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*.

³⁶ Cfr. *José Ortega y Gasset: filósofo..., op. cit.*, 1977, p. 13.

sus postulados y razones sobre la necesidad de una integración europea en la primera mitad del siglo XX, sino que también estudió los propios fundamentos europeístas a los que Ortega va a llegar en dicha época histórica.

Antes de adentrarse en este estudio, Raley nos advierte que <<el interés de Ortega por el futuro de Europa y su pasado, es, en parte, consecuencia de su preocupación por España>>³⁷. En este sentido, es coincidente con nuestra línea de interpretación general, y considera entonces, que el problema español forma parte del gran problema europeo. A ese respecto, Raley va a estudiar la relación entre Ortega y España, es decir, Ortega y su circunstancia, en el último capítulo del libro que nos ocupa. Allí considera los temas más importantes que abordó Ortega con su circunstancia; desde luego, sus ideas sobre la europeización³⁸. Es curioso percatarse que, aunque Raley advierta al comenzar su disección histórica sobre las bases del europeísmo de Ortega³⁹, que su interés europeo se encuentra en función de su preocupación por España, no considera lícito desarrollarlo pormenorizadamente en ese momento y espera a tratarlo en último lugar, una vez que ya ha analizado la ideología de la unidad europea de Ortega. Él mismo lo declara en el último capítulo de su libro cuando dice: <<Hasta ahora hemos considerado “circunstancia” general y genéricamente prestando poca atención a la realidad concreta, histórica a la que Ortega se refiere cuando habla de su propio mundo y su propio tiempo>>⁴⁰. Es ahora, por tanto, cuando se va a ocupar de la relación Ortega-España para <<iluminar mejor>> esa ideología de la unidad europea.

No son más que formas, en definitiva, de establecer la relación jerárquica de estudio en un tema determinado. No obstante, esto nos hace ver dos cosas: una, el motivo prioritario de estudio de éste libro es el europeísmo de Ortega —raíces, fundamentos y postulados— y, aunque advierte antes de abordar su análisis que éste no se entiende bien sin la base de la preocupación de Ortega por España, no será hasta el final del libro, una vez desarrollado la ideología europeísta orteguiana, cuando analiza dicha preocupación para arrojar otro haz de luz sobre dicha ideología. Y dos, según nuestro entender, no se puede pasar de puntillas por la línea maestra que define las dimensiones del pensamiento europeo de Ortega: por un lado europeización, y a consecuencia de este europeísmo en dos momentos biográficos, intelectuales e históricos distintos; ambas, hijas de la preocupación por la circunstancia española. No se puede entender claramente, por tanto, esa ideología de la unidad de Europa de Ortega sin la base española de la europeización; sin esos cimientos. Con lo que no podemos considerarlo revestimiento final, ni decoración, aunque ésta la hayamos tenido presente en una pequeña muestra antes de construir el edificio.

Hecha esta consideración, prosigamos con nuestra ruta a través de los distintos ciclos históricos de la idea orteguiana⁴¹, o en consecuencia las distintas fases interpretativas para una civilización, con el afán de búsqueda de un sustrato común europeo; de unas bases para Europa y la civilización europea. Esas bases, sólo las pudo encontrar Ortega en la historia total, global y de conjunto, de Europa. Una vez dispuesto

³⁷ *Ibidem*, p. 74.

³⁸ Antes, en esos párrafos que le sirven de introducción para abordar la faceta europeísta de Ortega, había clasificado a Ortega entre los <<europeizantes>> de la España moderna. *Ibidem*, p. 74.

³⁹ Concretamente en su capítulo 3, titulado <<La Europa medieval>>, pp. 74–97, una vez que en los capítulos 1 y el 2 ha estudiado las bases filosóficas y sociológicas del pensamiento de Ortega.

⁴⁰ *José Ortega y Gasset: filósofo...*, *op. cit.*, p. 200.

⁴¹ Estas cuestiones las podemos confrontar a través de escritos del propio Ortega; entre otros en: <<Una interpretación sobre la historia universal. En torno a Toynbee>>, en *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, pp. 11–242; <<El tema de nuestro tiempo>>, en *Obras Completas*, III, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983, pp. 207–230.

para esa labor de búsqueda, se preguntó de entrada por la cuestión radical, que no es otra que plantearse: ¿Qué es Europa? Ortega, para comenzar a dar respuesta a tan delicada pregunta, se posicionó en el medioevo histórico, considerando este periodo como un ciclo inicial, preparatorio, de nacimiento de lo que va a ser Europa, su civilización y su historia. Allí encontró Ortega, según Raley, las bases que van a definir, aunque de forma débil, a Europa. En este sentido, la vida histórica europea comenzó para el filósofo español con el advenimiento del musulmán en el siglo VIII, el desplazamiento cultural hacia el norte que esto supone —convirtiéndose el mar Mediterráneo de centro de civilización a frontera de civilizaciones—, y la aparición consiguiente de los germanos en la civilización europea. Esto constituye los verdaderos principios de Europa como algo distinto del mundo clásico y la Roma imperial⁴². A partir de esos principios, Ortega, como nos dice Raley, distinguió dos Europas: la latina —representada posteriormente por Francia— y la germana —representada posteriormente por Alemania—, cual «columna vertebral» de Europa. Lo que explicaría, en este sentido, la división y el fraccionamiento del territorio europeo tras el Tratado de Verdún en el año 843, en virtud de territorios a un lado y otro de la antigua «línea imperial» o frontera del viejo Imperio Romano⁴³. En este proceso de composición europea, Ortega otorgó un papel principal a la influencia del desarrollo del sentimiento nacional y la aparición de los Estados en la última parte de la Edad Media histórica, y como esos distintos pueblos a través de su convivencia —pacífica o combativa— van creando un acervo común de ideas europeas. Por otro lado, llama la atención el papel secundario que otorgó al cristianismo en la primitiva Europa —motivo de crítica por parte de Raley—, ya que la cristiandad no es Europa, dado que los hombres europeos cambian su creencia en la fe por la creencia en la razón y la ciencia en su devenir histórico común. El cristianismo se convierte así, sólo en una de las vicisitudes que se han mantenido en gran parte de la historia⁴⁴.

⁴² Establecer los cimientos de la civilización europea, y vislumbrar los orígenes de Europa, han sido dos cuestiones que han suscitado problemas a los historiadores y estudiosos de la materia. Hasta el momento podemos estar en lo seguro afirmando que los cimientos de Europa los podemos encontrar en la trinidad helena, romana y cristiana, a la que podemos añadir la herencia judía. Por su parte, el nacimiento de Europa lo hicieron posible los germanos —irrumpiendo sobre estas bases y asentándose después—, e inevitable los árabes, definiendo a Europa por «contraste» con una civilización que se asentó en la cuenca sur del mediterráneo y que estaba compuesta por elementos diferentes de los que poseían los distintos pueblos asentados al norte de dicho mar. En este sentido, se coincide en señalar que el nacimiento de Europa se puede situar alrededor de la gran empresa que supone el Imperio Carolingio y su posterior disgregación, es decir, los siglos IX y X. Al respecto interesa la consulta, entre otros: Dawson, Christopher, *Los orígenes de Europa*, Madrid, Rialp, 1991; Delmas, Claude, *Historia de la civilización europea*, Barcelona, Oikos-tau, 1970, pp. 5–54; Moreno Báez, Enrique, *Los cimientos de Europa*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1996; Pirenne, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 1997; Sabatino López, Robert, *El nacimiento de Europa*, Barcelona, Labor, 1965; Reynold, Gonzague, *La formación de Europa*, Madrid, Pegaso, 1947; Valdeón, Julio, *La Alta Edad Media: hacia la formación de Europa*, Madrid, Anaya, 1995.

⁴³ Para Enrique Moreno Báez, los acontecimientos más decisivos de la historia europea se han producido dentro esa zona a la que nos estamos refiriendo. Él lo define como el núcleo central de Europa, y está formado por Francia, Alemania e Italia con Austria, Suiza y los Países Bajos. (*Los cimientos de Europa...*, *op. cit.*, p. 10).

⁴⁴ Sobre este aspecto y con intención de confrontar esta consideración de Ortega percibida por Raley, podemos ver un artículo de Alfonso Ortega Carmona titulado «La Iglesia en la construcción de Europa», en *Europa como idea y realidad*, Salamanca, Universidad Pontificia, Instituto de Estudios Europeos y Derechos Humanos, 1996, pp. 43–61. Ortega Carmona nos dice ciertos modos de ser y de vivir europeos estuvieron potenciados e informados de sustancia cristiana: sobre todo, se refiere a las esferas de la familia, de la sociedad y del Estado. Es más, cuando habla de la aportación de la Iglesia a Europa lo hace en éstos términos: «(...) la historia de Europa, durante el largo período que abarca de los siglos X al XIX, recibió su primera unidad espiritual, la más compleja de todas, enraizada en el

Resumiendo, a la pregunta ¿Qué es Europa?, Ortega respondió que es más que una entidad geográfica o política —aunque éstas realidades también cuenten⁴⁵—, se trata de un repertorio de creencias, conceptos y vigencias de origen común que brota del mundo clásico y Roma y de los pueblos germanos. La síntesis de estos elementos y la tensión entre ambos, definen, aunque de forma débil, a Europa.

Puestas las bases de Europa, de su civilización, el ciclo histórico preparatorio de la Edad media ha terminado. Entramos, a partir de los siglos XV y XVI, en la Edad Moderna, donde estos postulados de la civilización europea alcanzaron su plenitud. A partir de este momento Raley analiza las teorías sobre la plenitud histórica, y su reverso, las crisis históricas. En definición precisa dentro del universo de Ortega, Raley entiende por plenitud <<la armonía relativa entre las creencias del hombre y los problemas que desafían dichas creencias>>. Cuando habla de problemas entiende: los problemas trascendentales de la vida humana, una vez satisfechos los utilitarios. Ahora bien, <<si toda ideología lleva consigo la posibilidad de una plenitud, también contiene las condiciones de su falsificación y decadencia>>⁴⁶; aconteciendo, pues, una etapa de crisis. En definitiva, en las teorías de plenitud y crisis de Ortega, plenitud viene asociado a etapa de <<auge histórico>> y conectado directamente a la capacidad del ser humano para adentrarse en sí mismo, es decir, en soledad, en *individualidad* —*ensimismamiento* en terminología orteguiana—, siendo esta acción humana proporcional al progreso logrado por el hombre. Crisis, por su parte, viene asociado a <<decadencia histórica>>, es decir, etapa en la que la vida llega a falsificarse cuando se convierten en convencionales las soluciones a las que han llegado los hombres en la plenitud, llegando a un estado de exteriorización de la vida, de sociabilidad —de *alteración* en terminología orteguiana—, perdiéndose el contacto con la vida interior e individual. La solución: se requiere autenticidad, vuelta a la vida individual, y desde allí restablecer el equilibrio vida–cultura, creando una cultura nueva válida, es decir, un nuevo sistema de creencias, para los nuevos problemas vitales.

Cristianismo y sustancialmente nunca aniquilada (...)>>. Tras exponer estas ideas, termina su escrito concluyendo que en el mundo de hoy el Cristianismo se debe movilizar puesto que todavía tiene algo que decir en la construcción de Europa por su ética social y por su afirmación de valores cristianos en la vida y en la familia. Moreno Báez, apuntala en este sentido que Europa participa de una misma cultura y religión, existiendo una imbricación entre lo religioso y lo cultural que ha creado una cultura común entre los distintos pueblos. Según estas ideas, para Moreno Báez la Iglesia cristiana ha sido en Europa <<la fuerza civilizadora y unificadora, la forma sustancial que vivifica Europa>> y, por tanto, ninguno de los aspectos de la cultura europea puede comprenderse prescindiendo de ella (<<Cristianismo y cultura>>, en *Los cimientos de Europa...*, *op. cit.*, p. 45–57). Al hilo de lo que estamos diciendo, Julián Marías ha trabajado mucho en estos últimos años sobre lo que él denomina <<perspectiva cristiana>>. Su tesis parte de la consideración del cristianismo como una religión y no otra cosa, es decir, el cristianismo tiene un carácter propiamente religioso. Pero al mismo tiempo, el cristianismo, da una cierta visión de la realidad, una manera de ver la realidad, y los países que han recibido el influjo del cristiano —países europeos, americanos y algunos más, no muchos— tienen una manera de ver la realidad, una perspectiva de lo real propia. Incluso, y esto es lo importante para Marías, aunque no se sea creyente, se ve la realidad de una manera distinta a otros pueblos, y, también, según Marías, con respecto a aquellos pueblos anteriores al cristianismo. Lo que les diferencia, es ese componente propio, original, distinto y único a la hora de acercarse a lo real. Lo que les falta, en definitiva, es la <<perspectiva cristiana>> (*Perspectiva cristiana*, Madrid, Alianza, 1999).

⁴⁵ A este respecto, como nos dice Raley, Ortega considera como realidad geográfica europea a los países occidentales y nórdicos, poniendo en cuestión la europeidad de la zona oriental —incluyendo a Rusia— por su eslavismo, considerando desde el punto de vista de la síntesis cultural por la cual define a Europa, que esta zona nunca fue romanizada o germanizada de forma duradera. Como tampoco son Europa el Cercano Oriente y África, regiones romanizadas donde falta el elemento germano. Cfr. *José Ortega y Gasset: filósofo...*, *op. cit.*, pp. 87–89.

⁴⁶ *Ibidem*, los entrecorchetos en p. 103.

Según este esquema histórico, se llegó a la Edad Moderna tras una etapa de crisis en los siglos XV–XVI. El mundo ideológico de la Edad Media empezó a ser sustituido por otro. La fe cristiana entró en decadencia desde los siglos finales de la Edad Media, y empezó a ser sustituida por otra fe: la fe en la razón —luego en la ciencia—, cuyas raíces también las podemos encontrar en esos siglos finales de la Edad Media. No solamente el advenimiento de la Edad Moderna se constató por un nuevo sistema de creencias, también en estas fechas aparecen plenamente constituidos como tales, los Estados nacionales. En este periodo, durante los siglos XVII y XVIII, encontramos ya los nuevos principios que alumbraron la civilización europea moderna, esencialmente tres: democracia liberal, industrialismo y ciencia. Según Ortega, estos principios se fraguan en el periodo de las revoluciones, es decir, la fase histórica que caracteriza el periodo final de la Edad Moderna, pero deben poco a ellas. Más bien nacieron a pesar de la revolución, y no a causa de ella. Será, por tanto, al siglo XIX a quién corresponda aplicar en toda su potencialidad los nuevos principios alumbrados. En este sentido, el siglo XIX es un siglo de plenitud histórica. La plenitud de la Edad Moderna, de la civilización europea.

Ahora bien, el siglo XIX dentro de sus fabulosas conquistas y desarrollo pleno, cometió los más graves errores que fueron motivo para que la época de plenitud desembocase en una época de crisis. Para Ortega, como muy bien nos señala Raley, entre esos errores encontramos: la creencia ilimitada en el progreso lleva a los hombres a una confianza segura en el futuro, dejando así de estar alerta —corriendo el riesgo que la civilización tropiece y retroceda a la barbarie—; la <<perversión>> democrática o <<hiperdemocracia>> que supone la introducción de la noción de igualdad en la democracia por considerar Ortega que esta idea se encuentra vacía, dada su concepción <<aristocrática>> de lo que es una sociedad, es decir, división entre minoría y masa —la nivelación, pues, de la sociedad por medio de la democracia liberal, junto a los adelantos científico–tecnológicos, darán origen al advenimiento de las masas y su posterior rebelión—; el siglo XIX ha sido el siglo de lo que Ortega llamaba el *imperialismo*, entendido como el deseo de <<autoridad universal>> que pretendían las artes y las ciencias, acompañado por otros *ismos* —siempre <<perversos>> para Ortega—, en los que el hombre ponía su vida al servicio de los mismos. Por ejemplo, para la política o para la nación, por medio del politicismo y el nacionalismo. En definitiva, esto supone la falsificación de la vida y a consecuencia de ello el hombre <<se entrega>> a la *alteración*, la sociabilidad, porque la vida, esa realidad radical, no puede estar supeditada a nada superior a ella.

En esta situación, a caballo de los siglos XIX y XX, nos vamos a encontrar con un panorama cultural europeo en el que la civilización occidental sufrió un cambio decisivo: se está produciendo una revolución intelectual y científica de gran magnitud. Los cambios en la física, en la geología o en la paleontología o el afianzamiento de del proceso de secularización, desembocaron en una época de <<crisis de certezas>>. Crisis de la vieja ciencia, espiritual, social o, inclusive, a nivel artístico. Por lo que se refiere al pensamiento o a la filosofía europea, se afirmaron la primacía de los valores de la vida. Por otro lado, un extenso sector del mundo del trabajo se acogió al materialismo dialéctico forjado ya durante la segunda mitad del siglo XIX. A la vez, se presenció una reacción espiritualista, una intensificación de las ideas y los sentimientos religiosos. Corrientes de pensamiento que tuvieron su influencia en el comportamiento de los europeos, que en esta época se caracterizó en líneas generales por el tono violento que adquirieron las relaciones humanas, sociales, definidas por el recurso a la <<acción

directa>>. Tono violento, que afectó también en otro plano a las relaciones internacionales⁴⁷.

Estamos en lo que va a llamar Raley <<la era de la crisis>>. Crisis, decadencia, que no debe desembocar en el final de la civilización europea, sino en el comienzo de una nueva etapa creadora; en algo que germina. Este fue, para Ortega, el verdadero sentido de la <<era de la crisis>>, de la etapa de decadencia de Europa, avanzar desde ese recogimiento en soledad, desde el ensimismamiento del individuo, hacia un nuevo sistema de creencias, nuevos valores culturales, una nueva moralidad, todo ello con sello auténtico y válido para los nuevos problemas vitales y temporales que se están planteando. En este marco, es donde va a situar Raley la <<gran empresa>> que pretende Ortega como salida o solución a la crisis de la civilización europea, a través de numerosos niveles y planos, como por ejemplo a nivel vital, moral, filosófico, cultural, histórico, político, social o económico. Nos estamos refiriendo a la consecución de la unidad de Europa.

A partir de ahí, Raley se dedica al estudio de esa <<era de la crisis>> y de las razones y postulados de esa ideología europeísta que construye Ortega, poniendo de relieve ideas fundamentales para su comprensión. En resumen, podemos decir que el filósofo español elaboró y formuló una determinada idea de Europa y una tesis europeísta que se fundamentaba en la existencia de una sociedad europea histórica —cuyos cimientos los encontramos en el periodo de transición del mundo antiguo al mundo medieval— anterior a las mismas naciones europeas —y desarrolladas éstas en ese fondo social europeo—. Esta sociedad europea fue fruto de una convivencia común y continuada, poseyendo ésta todos sus componentes y atributos como sociedad, por ejemplo, el derecho, una opinión pública o un poder público —ya visible para Ortega claramente en los últimos siglos de la edad moderna y encarnado en el sistema de equilibrio europeo o *balance of power*—, los cuales se convirtieron en usos generales europeos y fueron ejerciendo una presión determinada sobre las naciones europeas. Naciones de Europa, que se habían movido y habían actuado —ora pacífica, ora combativa— en un espacio físico e histórico común denominado Europa, a la vez que se fueron nutriendo de un fondo común europeo, caracterizándose, por tanto, por una forma dual de vida —cuya existencia vio Ortega ya en el hombre medieval europeo— en la que han simultaneado a lo largo de su trayectoria histórica homogeneidad y diversidad junto con épocas de predominio europeo y épocas de predominio nacional.

Pluralidad y libertad, unidad y diversidad, se convertían pues, para Ortega, en la verdadera entraña de lo que había sido Europa. Con lo cual, estos mismos principios debían impulsar la creación de un Estado general europeo. Éste venía condicionado, por un lado, por el peso de la historia europea y por el grado de madurez que había alcanzado la sociedad europea; y, por otro lado, por las insuficiencias a las que llegó en la Europa de la primera mitad del novecientos el modelo de organización basado en los estados-nación. Tradición y empresa, pasado y futuro, se conjugaron en el presente histórico de Ortega para llevar a cabo la unidad de Europa, la constitución de una nación europea, que el pensador español programó, por un lado, para corregir —según su criterio y lógica social— el desequilibrio provocado por la rebelión de las masas, devolviendo a éstas una moralidad auténtica y un nuevo proyecto de vida; por otro, para ofrecer una alternativa democrática y liberal a las fórmulas políticas totalitarias que tanto preocupaban a Ortega; y, por último, para devolver a Europa su prestigio y su mando mundial.

⁴⁷ Cfr. Stromberg, Roland N., *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, Debate, 1995, pp. 259–334.

Con todo, como bien advierte Raley, para llevar a buen puerto la propuesta de un <<Estado general europeo>>, Ortega no descartó que diversos acontecimientos pudieran actuar de catalizadores. Por ejemplo, las posibles convulsiones que se puedan dar en el mundo chino o islámico, ya mencionadas, o, por otro lado, los peligros del internacionalismo obrero, el nacionalismo agresivo y virulento, los totalitarismos, el peligro de la masificación o la superación de las limitaciones y fracasos de la cultura europea, así como el rechazo a los organismos internacionales surgidos en la primera mitad del siglo XX, a saber, la Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas, o, el fenómeno de la Guerra Fría aparecido tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, aspecto éste, que se podría unir a otro de los llamados catalizadores que pueden hacer posible la unidad de Europa: la incapacidad que para Ortega tenían las naciones de Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para dirigir el mundo y sustituir a Europa.

Una vez puestas las bases que justifican, apuntalan y hacen posible el proyecto de unidad europea, nos encontramos las propias ideas de Ortega sobre la unificación, es decir, cómo le gustaría que ésta se llevara a cabo. Al respecto, nos dice Raley que Ortega era plenamente consciente de que la persuasión era el instrumento esencial para dirigir el proyecto, el cual debe partir de la aceptación de la realidad europea de su tiempo, de sus limitaciones e imperfecciones; además, la unificación debe comenzar sobre las bases económicas, y, políticamente, prefiere una Europa federal, unida pero no asimilada a un Estado, en una especie de fórmula de <<Estado de Estados>>, cuyo modelo político a seguir era el confederacionismo británico llevado a cabo por Gran Bretaña, desde 1926, en la gran empresa de la *Commonwealth*; por último, el objetivo final sería lograr el entusiasmo del ciudadano europeo, que éste tuviera su energía puesta en esta empresa unitiva, que viviera en ella y por ella, es decir, que se convirtiera para él en una <<creencia>>, y que generará un verdadero <<patriotismo europeo>>, en feliz expresión posteriormente acuñada por su discípulo Julián Marías⁴⁸.

Ahora bien, tras éste exhaustivo examen de la obra de Raley, a nuestro modo de entender, la interpretación que realiza el hispanista estadounidense del europeísmo de Ortega está incompleta. Entre sus logros, decir que el autor se planteó una de las grandes preocupaciones de Ortega: Europa, como problema histórico y filosófico, excavando a través de toda su obra, sus pensamientos vertidos, encontrando las referencias explícitas a la cuestión, así como las conexiones directas e indirectas que ésta tiene dentro del sistema filosófico global de Ortega. En este sentido, nos advirtió que el pensamiento europeísta de Ortega guardaba estrecha conexión con ese sistema filosófico integral, y que dicho tema tenía una magnitud importante —nos atreveríamos a decir de primer orden—, dentro de la obra y del pensamiento de Ortega. Con todo ello, Raley nos iluminó una de las caras del intelectual y pensador Ortega: su pensamiento europeísta. Pero, no se quedó ahí, sino que acabó por considerarle un verdadero filósofo de la unidad europea. En este sentido, nuestro hispanista sacó a superficie, después de esa magnífica labor de excavación, una nueva consideración para Ortega, dentro del propio universo de pensamiento y acción que llevó a cabo el filósofo español.

Sin embargo, en esa integración con el mundo, con la circunstancia a la que se refiere Ortega, creemos que se debe llevar ese pensamiento europeísta a su <<circunstancia determinada>>, estudiándola al calor de la historia de la idea de Europa

⁴⁸ Sobre el sentimiento de <<patriotismo europeo>> que preconiza Julián Marías, véase los siguientes escritos del filósofo español: <<El gesto de Alemania>>, en *Obras*, III, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 20-52; <<Sobre Europa>>, en *El oficio del pensamiento*, Madrid, Espasa, 1968, pp. 52-65; o, *Una vida presente: memorias 3 (1975-1989)*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 109-110.

y al calor de la historia del europeísmo. Pretendemos, pues, situar el europeísmo orteguiano en su época y en su tiempo histórico. Situarlo, sobre todo, dentro de la historia del <<ideal europeísta>> de la contemporaneidad, y más concretamente, de la primera mitad del siglo XX. Dentro de la trayectoria del viejo ideal europeísta, en este periodo reseñado vamos a asistir a la recuperación de la idea de Europa, primeramente a través de los primeros impulsores de la idea, después del impulso europeísta que recorrió el Viejo Continente tras la Gran Guerra, en el periodo histórico de la época de entreguerras, y por último con los afanes europeístas tras el segundo gran conflicto mundial⁴⁹.

Es en este contexto histórico —una vez que ya hemos rescatado y considerado la figura del pensamiento europeísta del pensador español desde la filosofía— donde tenemos que relacionar a Ortega, situándolo con sus <<semejantes>>, con sus contemporáneos y coetáneos; en definitiva, con los grandes pensadores europeístas de su época. Es más, consideramos a Ortega como un precursor directo del proyecto de integración europea a través de sus escritos europeístas: primero, en la época de entreguerras; y, después de 1945, sobre todo con su conferencia *De Europa meditatio quaedam* pronunciada en Berlín en 1949. En suma, cuestiones éstas que no son contemplados por Raley en su obra.

Después de Harold C. Raley: de los años setenta a la actualidad

Todos estos aspectos que hemos ido razonando y que no se contemplan en el libro de Raley, fueron apareciendo tímidamente en los estudios sobre el europeísmo de Ortega que se realizaron a partir del año 1971. Si bien es cierto, y tenemos que advertirlo, que el libro de Raley ha sido para muchos de estos estudiosos la referencia obligada a la que acudir para tener un mayor conocimiento de la cuestión. En este sentido, después de 1971 no existe un libro como tal, un estudio amplio, intenso, profundo y serio que trate el europeísmo de Ortega. A partir de esa fecha, si queremos estudiar el europeísmo de Ortega, nos encontraremos con diversos artículos de diferente extensión; y, por otro lado, referencias puntuales en estudios sobre otras facetas del pensamiento de Ortega, además de las distintas inclusiones del mensaje europeísta de Ortega que realizaron los estudiosos del <<ideal europeísta>> en sus obras de referencia. A pesar de todo, es ésta una etapa en la que incrementan las investigaciones acerca de la cuestión europea de Ortega, intensificándose sobre todo a raíz del impulso que supuso la celebración del centenario del nacimiento del filósofo español en 1983.

Dejando a un lado estas reflexiones, realicemos una valoración global, general, sobre lo que han sido los principales estudios sobre el europeísmo orteguiano después de 1971, destacando, sobre todo, las conquistas realizadas o los aspectos novedosos, teniendo como base el libro de Raley, y, como techo, nuestras ideas al respecto: primero, diferenciación europeización–europeísmo en Ortega; y, segundo, la inclusión de Ortega dentro de la realidad europeísta y su influencia destacada.

Pues bien, en este sentido, a modo de repaso breve, en la apreciación y distinción de las dos fases, Alain Guy, en su artículo <<Ortega y Gasset: su visión de Europa>>⁵⁰, estudió el pensamiento europeo de Ortega, desde una perspectiva diferente a Raley, lo que le hizo desembocar en una división y diferenciación de las etapas europeístas de Ortega, que apuntan en nuestra línea de pensamiento. Lo mismo se intuye en José María Beneyto, en su estudio titulado <<José Ortega y Gasset: la integración europea como

⁴⁹ Cfr. Voyenne, Bernard, *Historia de la idea europea...*, op. cit., pp. 155-193.

⁵⁰ En *Aporía* 21/24..., art. cit., pp. 23-38.

proyecto nacional>>⁵¹, y en José María Sevilla, en su artículo titulado <<Ortega y Gasset y la idea de Europa>>⁵², pero no así en Arturo Ardao y su estudio sobre <<Los dos europeísmos de Ortega>>⁵³, ya que bajo el primer europeísmo que se destaca, engloba el programa de europeización orteguiano.

Asimismo, en estos escritos existen otras ideas relevantes sobre el pensamiento europeísta de Ortega. Por ejemplo, Alain Guy criticó <<el desdén de Ortega con respecto al internacionalismo>>, pero, concluía, que <<la visión de Europa de Ortega no carece de buena traza y, en conjunto, nos parece que atestigua, con autenticidad, un agudo sentido de nuestro mundo contemporáneo>>⁵⁴; sobre todo, en temas que le preocupaban a Ortega, por ejemplo: comenzar por el dominio económico el proceso de integración o acceder a la tentativa de una Europa parlamentaria y gubernamental. Además, consideró la reflexión orteguiana sobre Europa como un hecho muy rico y, aún más, beneficioso, apuntando en dos direcciones susceptibles de aprovechar esta ventaja: los políticos —los de antes y los de ahora— y la humanidad, para que la dirección sea acceder de lo múltiple al plano de la unidad en todos los rincones del Planeta. Beneyto, por su parte, quiere remarcar por encima de toda consideración, que el pensamiento europeo de Ortega —tanto el programa de europeización como el europeísmo— descansa en su españolismo, en su patriotismo español. Y, el objetivo que persigue José María Sevilla en su trabajo es <<mostrar cómo el europeísmo de Ortega y su “idea” de Europa parten de la realidad profunda de una *creencia*; y cómo su perspectiva, radicalmente ontológica, es indesligable de la histórica>>⁵⁵.

En la otra línea que hemos considerado importante —la inclusión de Ortega dentro de la realidad del <<ideal europeísta>>—, George Uscatescu, en su estudio que lleva por título *Ortega y Gasset, personalidad europea attuale*⁵⁶, fue uno de los primeros intelectuales en valorar la conferencia *De Europa meditatio quaedam* y en otorgar a Ortega la vitola de <<forjador del espíritu europeo>>⁵⁷ —sumándola a la de <<filósofo de la unidad europea>>, concedida por Raley—, y, que, por otro lado, podemos encontrar en ciertos escritos de José Luis Abellán una valoración global de sus momentos europeístas⁵⁸.

No obstante, cuesta encontrar una valoración del Ortega europeísta en aquellos preocupados por estudiar su europeísmo, como de los estudiosos de este ideal en general. En este sentido, sólo el primer europeísmo del filósofo español, circunscrito a la época de entreguerras, es el que señalan autores como Antonio Truyol y Serra en su libro *La Integración europea. Idea y realidad*⁵⁹ o Federico Gutiérrez Contreras en su

⁵¹ Dicho estudio se encuentra en su obra *Tragedia y razón: Europa en el pensamiento español del siglo XX... op. cit.*, pp. 125-158.

⁵² En *Revista de Estudios Ortegaianos...*, art. cit., pp. 79-111.

⁵³ En *Cuadernos Hispanoamericanos...*, art. cit., pp. 493-510.

⁵⁴ *Aporía* 21/24..., art. cit., los entrecomillados en pp. 35-37.

⁵⁵ <<Ortega y la idea de Europa>>..., art. cit., p. 79.

⁵⁶ Publicado en Bolzano por el Institut international d'études européennes <<Antonio Rosmini>> en 1979.

⁵⁷ Esta consideración se puede ver en su artículo <<Forjadores del espíritu europeo>>, en VV. AA., *Creadores de Europa*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid —Cursos de Verano, El Escorial, 1989—, 1990, p. 18.

⁵⁸ Al respecto, véase su obra *Historia crítica del pensamiento español* V.III, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 216-218; también, en <<Meditaciones filosóficas>>, en Abellán, José Luis (coord.), *El reto europeo*, Madrid, Trotta, 1996, pp. 415-427, o en su libro *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 175-180.

⁵⁹ Madrid, Tecnos, 1972. De este libro existe una revisión actualizada del año 1999, titulada *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos, I: génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951-1979)*, Madrid, Tecnos, 1999. Por lo que respecta al estudio de la idea de

obra *Europa: historia de una idea*⁶⁰. Igual miramiento le otorga Elisabeth du Réau en su libro *L'idée d'Europa au XXe siècle*⁶¹, incluyendo a Ortega solamente entre los impulsores de la idea de Europa en la época de entreguerras, al igual que Gérard Bossuat en su libro *Les Fondateurs de l'Europe*⁶², Manuel Ahijado Quintillán⁶³ en su libro *Historia de la unidad europea. Desde los precedentes remotos a la ampliación al Este*⁶⁴ o Guillermo Pérez Sánchez en un estudio sobre <<El ideal europeísta: de la modernidad hasta la contemporaneidad>>, en la obra *Historia de la integración europea*, ya citada. Por su parte, Yannick Muet, en su libro *Le débat européen dans l'entre-deux-guerres*⁶⁵, contempla a Ortega entre los intelectuales europeos y proeuropeos de la época de entreguerras, y, Gerard Delanty, en su libro *Inventing Europe*⁶⁶, acierta al decir que el filósofo español ayudó a renovar la identidad europea a través de la experiencia de pesimismo y decadencia cultural⁶⁷.

En otro plano de estudio, debemos destacar a Edgar Morin, quien considera a Ortega como un miembro importante de la cultura europea que ha ayudado a forjar una identidad europea común⁶⁸. El francés Jean Pierre Faye, siguiendo la denominación que en su día le otorgara Raley, le considera uno de los filósofos que han hecho posible la unidad de Europa⁶⁹. Juan Pablo Fusi se atreve a situar a Ortega junto a los dos grandes impulsores de la idea de Europa en el periodo de entreguerras, Coudenhove–Kalergi y A. Briand, en una comparativa de las características del impulso europeísta de Europa de cada uno de ellos, diciendo que <<(…) la voluntad más tenaz fue la del conde Coudenhove–Kalergi; la iniciativa más sólida, la del ministro Briand; y los argumentos más ambiciosos, los de Ortega>>⁷⁰. Por último, Antonio Moreno Juste, también destaca a Ortega como uno de los pensadores que han ayudado a definir Europa⁷¹.

Europa en la primera mitad del siglo XX, continúan para Ortega las mismas consideraciones establecidas en la edición de 1972.

⁶⁰ Pamplona, Salvat, 1987.

⁶¹ Bruselas, Éditions Complexe, 1996.

⁶² Paris, Belin, 1994.

⁶³ Ahijado Quintillán y Carlos Alcántara Alejo son autores de un *Diccionario de la Unión Europa* donde incluyen a José Ortega y Gasset dentro de la letra O, naturalmente (Madrid, Pirámide, 2000, p. 156).

⁶⁴ Madrid, Pirámide, 2000.

⁶⁵ Paris, Ed. Económica, 1997.

⁶⁶ Macmillan, 1995.

⁶⁷ Podemos ver, que el primer europeísmo orteguiano sí está presente en los estudios sobre ideal europeísta. No podemos decir lo mismo, a este respecto, en otros autores y libros, por ejemplo: Philippe Mioche, no contempla a Ortega en su estudio *De l'idée européenne à l'Europe XIXe–XXe siècle* (París, Hachete livre, 1997); François Saint–Ouen, no incluye a Ortega en su estudio sobre *Les grandes figures de la construction européenne* (Genève, Editions Médecine & Hygiène, 1997); por su parte, Pierre Gerbet en su libro *La construction de l'Europe* (París, Imprimerie Nationale Éditions, 1994), no contempla a Ortega en su pequeño estudio introductorio sobre el ideal europeísta. Lo mismo le sucede a Rogelio Pérez Bustamante en su libro *Historia política de la Unión europea, 1940–1995* (Madrid, Dykinson, 1995), Dusan Sidjanski en su libro *El futuro federalista de Europa* (Barcelona, Ariel, 1998) o María–Thérèse Bitsch en su libro *Historie de la construction européenne de 1945 à nos jours* (París, Editions Complexe, 1996).

⁶⁸ *Pensar Europa. Las metamorfosis de Europa*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 67.

⁶⁹ *L'Europa une. Les philosophes et l'Europe*, —préface de Jacques Delors—, Gallinard, Paris, 1992, pp. 162–177. Ortega es considerado junto a otros filósofos, intelectuales o pensadores que se han ocupado del tema Europa. Entre ellos: Podiebrad, Sully, Leibniz, Rousseau, Voltaire, Benthan, Novalis, Saint–Simon, Nietzsche, Husserl, Croce, Sforza y Pasolini.

⁷⁰ <<La crisis de la conciencia europea>>, en Cabrera, Mercedes, Juliá, Santos, Martín Aceña, Pablo (Comps.), *Europa en crisis, 1919–1939*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1991, p. 338.

⁷¹ <<La idea de Europa: balance de un siglo>>, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 21 (1999), p. 162.

Por otro lado, en estas tres largas décadas tenemos otros estudios e investigaciones que se acercan a comprender la dimensión europea del pensamiento orteguiano. Mencionemos los más importantes, donde destacamos lo más relevante que se puede encontrar en estos escritos: en primer lugar, nombrar al periodista Antonio Sánchez Gijón, quien en su obra *Europa, una tarea inacabada* quien define acertadamente el pensamiento europeísta de Ortega como una <<teoría del europeísmo comparada>>, aludiendo, sin duda, a la consideración que tenía éste último de la diversidad de las naciones europeas como la verdadera clave para conseguir la unidad de Europa⁷²; el italiano Walter Ghia, en una obra de 1983 que lleva por título *Nazioni ed Europa nell'età delle masse. Sul pensiero político de Ortega*⁷³, destaca el europeísmo de Ortega tenía por un lado un proyecto cultural de renovación de la cultura europea, y, por otro, un proyecto político para la superación del marco nacional; mencionar un pequeño artículo de H. Vellisca aludiendo a <<Los sueños europeístas de Ortega y Gasset>>⁷⁴ o el estudio de José Lasaga Medina titulado <<Europa versus nacionalismo: examen de algunas ideas sobre el nacionalismo>>⁷⁵, donde los autores ponían de relieve, sobre todo, la estrechez del marco nacional en la Europa de la primera mitad del siglo XX. Además, Lasaga Medina, reflexiona en un tono muy acertado acerca de los propios pensamientos e interpretaciones de Ortega acerca de los conceptos nación, Estado, el nacionalismo como fenómeno político, o las distintas formas de ser Europa a lo largo de la historia; conectando con esto último, para conocer algunas de las consideraciones de Ortega sobre la nueva Europa que debía crearse interesa ver el artículo de Gonzalo Navajas, <<Ortega y la nueva Europa>>⁷⁶.

Por su parte, José Ortega Spottorno, hijo de Ortega y Gasset, en su libro *Los Ortega*⁷⁷, señala la importancia que tiene la segunda parte del libro *La rebelión de las masas* para la consideración de los postulados europeístas de Ortega y la poca consideración que ha tenido. Ideas que hace suyas Zamora Bonilla en su biografía de Ortega, señalando además la importancia que tiene el mensaje europeísta de Ortega y el proyecto que éste portaba en las dos épocas precisas: la primera de ellas en la época de entreguerras con su libro *La rebelión de las masas*, situándole codo con codo con Coudenhove–Kalergi y A. Briand; y, la segunda, después de la guerra de 1939–45 por medio de su <<Meditación sobre Europa>>, para concluir que <<es Ortega, sin duda, una de las más claras referencias de todo europeísmo posterior>>. Además, Zamora Bonilla, reflexiona sobre la naturaleza de la idea de Ortega en estos términos: <<La idea de Europa defendida por Ortega y el proyecto político que implicaba era original, aunque común a otros planteamientos similares que se estaban poniendo en marcha en Europa>>⁷⁸. Todo ello en consonancia, pues, con nuestro planteamiento.

En otro sentido, para reseñar la fidelidad del pensador español durante toda su vida al fundamental problema de la Europa de su tiempo, véase Rashid Kaplanov y su artículo titulado <<La idea de Europa en la obra de José Ortega y Gasset>>⁷⁹; Julián Arroyo Medina, en su <<Aproximación psicológica a la idea de Europa en Ortega y Gasset>> nos afirma que <<(…) Ortega será un pensador rigurosamente español y europeo>>⁸⁰, recalcando con ello el binomio España–Europa, o, lo que es lo mismo, su

⁷² Editada en Barcelona, Planeta, 1974, el entrecomillado en p. 36.

⁷³ Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 1996.

⁷⁴ *El Diario Palentino*, 13–6–1989.

⁷⁵ *Revista de Estudios Ortegaianos*, nº 5, 2002b.

⁷⁶ Publicado en *Letras peninsulares*, Vol. 13, nº 2 y 3, (otoño–invierno, 2000–2001), pp. 695–706.

⁷⁷ Madrid, Taurus, 2002.

⁷⁸ *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, los entrecomillados en p. 302.

⁷⁹ *España y el mundo*, Moscú, Nauka, 1990.

⁸⁰ Publicado en *Paideia*, nº 19, (1992), el entrecomillado en p. 369.

circunstancia española y su circunstancia europea, marcaron —con diferencias de grado y preocupación por cada una de ellas en las distintas etapas de su biografía—, el eje vital e intelectual de Ortega; asimismo, es sorprendente un extraño afán por individualizar y aislar la idea de Europa del propio Ortega y su pensamiento y acción europeísta, en el artículo de Jesús J. Sebastián Lorente, titulado <<La idea de Europa en el pensamiento político de Ortega y Gasset>>⁸¹; por último, Andrés Ortega denomina a Ortega con el agraciado y hermoso título de: <<el meditador español de Europa>>⁸², y, Félix Duque, por otro lado, le considera un <<buen europeo>>⁸³.

Lugar aparte merece Julián Marías, el gran interprete de la obra de Ortega entre las dos bisagras temporales que hemos señalado, es decir, antes y después de la publicación del libro de Harold C. Raley. Marías ha contribuido de forma especial a esclarecer muchas de las ideas que aquí estamos tratando. En este sentido, inspiró la obra de Raley, y, continúa siendo uno de los más importantes inspiradores para los estudios posteriores sobre el europeísmo de Ortega. Cabe advertir, no obstante, que Marías no escribió sobre el europeísmo de Ortega hasta bastante tarde. Lo hizo sobre todo a través de su libro *Ortega [2]. Las trayectorias*⁸⁴. Ahora bien, antes de este libro que realizó Marías en 1983, y que marcó la cumbre de su interpretación del europeísmo de Ortega, dicho autor se había referido ya al mensaje europeísta que contiene *La Rebelión de las masas* a través de una <<Introducción>> a dicha obra realizada en 1975⁸⁵, y un <<Prólogo>> al mismo libro de 1982⁸⁶, para volver sobre ello en una <<Posdata>>, también a la obra de Ortega, de 1993⁸⁷.

Marías, pues, participa en sus numerosos escritos de buena parte de las consideraciones generales que hemos realizado sobre el europeísmo de Ortega: sostiene que la <<trayectoria europea>> de Ortega tiene su punto de partida en la circunstancia española —en el problema español tratado por medio de la fórmula de la europeización—, y prosigue en la <<fidelidad a Europa del europeo Ortega>>, una vez finalizado el programa de europeización en 1914. <<Ortega afirmó Europa, contra su discordia>>, dice Marías, es más, <<se negó obstinadamente a renegar de ninguna de sus partes>>, es decir, a ninguna de sus dos circunstancias: la española como su país, su nación, y la europea, el sustrato común de esas naciones. Por tanto, <<al negarse a ejecutar esta operación Ortega se encuentra en posesión de la cultura europea, en un grado superior a la de la inmensa mayoría de los pensadores de otros países>>, lo que convirtió a Ortega en <<el europeo por excelencia>>, aquel que <<durante los años de la enajenación bélica, que se prolongan después de Versalles y casi enteramente enlazan con la Segunda Guerra Mundial (...), había conservado el tesoro de la cultura europea, sin excepciones ni fobias>>⁸⁸.

Por otro lado, considera su extraordinario diagnóstico sobre la problemática de la civilización europea, sobre todo a través de su obra *La rebelión de las masas* (1930),

⁸¹ *Revista de Estudios Políticos*, nº 83, 1994.

⁸² *La razón de Europa*, Madrid, El País Aguilar, 1994, p. 269.

⁸³ *Los buenos europeos. Hacia una filosofía de la Europa contemporánea*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2003: para el capítulo sobre Ortega, pp. 211-333.

⁸⁴ Madrid, Alianza, 1983.

⁸⁵ Dicho texto podemos encontrarlo en las ediciones madrileñas, en Espasa-Calpe en los años 1976, 1986 y 1994; también en las ediciones barcelonesas de Planeta-De Agostini de 1996 y 2002, y de Óptima de 1997, o en la colección de *Obras* de Julián Marías, <<Introducción a La rebelión de las masas>>, en *Obras*, IX, Madrid, Revista de Occidente, 1982, pp. 633-649.

⁸⁶ el prólogo <<Cómo leer La rebelión de las masas>> lo encontramos en la edición barcelonesa para el Círculo de Lectores del año 1983.

⁸⁷ En la edición madrileña de Espasa-Calpe, año 1994.

⁸⁸ *Ortega [2]. Las trayectorias...*, *op. cit.*, todos los entrecomillados en p. 61.

muestra con perspicacia y agudeza sus ideas europeístas bien marcadas en su contexto temporal y en sus distintos escritos, y su excepcional visión anticipadora de los acontecimientos venideros y futuros. Aún así, afirma Marías, la solución a los distintos problemas de la civilización europea que clamaba Ortega con fuerza en la década de los treinta no fueron atendidos, y Europa, desgarrada por los nacionalismos, prefirió destruirse en una segunda guerra civil europea, luego convertida en mundial. También se hace eco de considerar a Ortega merecedor del título de «filósofo de la unidad europea», puesto que al libro de Raley nos remite si queremos profundizar en estas ideas.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La generación política de posguerra que hizo posible el inicio del proceso de integración europea —es decir, la institucionalización del europeísmo—, no olvidó que la unidad política, económica o jurídica de Europa no podría concebirse fuera del contexto de la cultura europea y de una conciencia europea auténtica. Los conceptos europeos de carácter cultural y filosófico, lo metafísico, y, los conceptos políticos, económicos, jurídicos o inclusive sociales, lo institucional, tienen que buscar un justo, acertado y efectivo equilibrio en el lento proceso de unificación europea⁸⁹. Máxime, cuando a nadie se le oculta que lo cultural y lo filosófico ha sido lo menos favorecido en el proyecto unitario en el cual estamos inmersos; siendo éste, un déficit que arrastra, y, por ello, perjudica al proceso en su conjunto⁹⁰.

En este sentido, Ortega se encuentra por méritos propios vinculado a la creación de la idea de Europa, al fortalecimiento de su vocación metafísica, contribuyendo, de este modo, a reforzar el llamado «ideal europeísta». Unido, por otra parte, y sin ningún género de duda, a la realidad en la que los pueblos europeos están inmersos en estos momentos, el proceso de integración europea, contribuyendo ejemplarmente a su puesta en marcha en los años cincuenta del pasado siglo, por medio de su conferencia *De Europa meditatio quaedam* (1949).

Por tanto, si bien el primer europeísmo orteguiano es el más conocido y reivindicado por los estudiosos en la materia, cuya plenitud vino señalada por su famoso libro *La rebelión de las masas*, transcurrió y tuvo su acomodo en la época de entreguerras; el segundo de ellos, cuya plenitud encontró la cima en una conferencia pronunciada en Berlín en 1949 bajo el título *De Europa meditatio quaedam*, enmarcado dentro de los afanes europeístas de la segunda posguerra, es el menos conocido de los dos, y, según nuestro punto de vista, todavía no valorado en su justa medida. A nuestro entender, esta aportación de Ortega debe ser considerada uno de los impulsos de primer orden que conducen al inicio del proceso de integración europea en los años cincuenta, a la misma altura de los impulsos que los estudiosos en la materia consideran hasta el momento, a saber: el discurso de Winston Churchill en la Universidad de Zurich en el año 1946; el Plan Marshall de 1947; el Congreso de Europa de 1949; y, la Declaración Schuman de 1950⁹¹.

⁸⁹ Cfr. Tassin, Etienne, «La identidad europea. Cultura, filosofía, política», en *Leviathan*, n° 56, (1994), pp. 7–27.

⁹⁰ Cfr. Abellán, José Luis, «Meditaciones filosóficas», en Abellán, José Luis, (coord.), *El reto europeo...*, *op. cit.*, pp. 416–417.

⁹¹ Con respecto a estas cuatro iniciativas que canalizan los afanes europeístas tras la Segunda Guerra Mundial y van a ser los impulsos que lleven a buen término el inicio del proceso de integración de Europa, *vid.* Pérez Sánchez, Guillermo, «La Europa comunitaria, año cero; la puesta en marcha del proceso de integración», en Hernández Sánchez, Alfredo y Sacristán Represa, Marcos (coordinadores), *Cincuenta años de la Unión Europea: reflexiones desde la Universidad*, Instituto de Estudios Europeos,

Las principales razones que podemos aducir para fundamentar nuestra tesis son las siguientes. En primer lugar, debemos de considerar el significado histórico del lugar donde se pronunció su conferencia: el Berlín dividido de 1949, dentro de un marco histórico caracterizado por la división y ocupación militar del territorio alemán, en medio de una Europa también dividida, donde ya es patente el comienzo de la llamada Guerra Fría y la polarización de bloques, que condicionaron las Relaciones Internacionales y el nuevo orden mundial nacido tras 1945; en segundo lugar, por la importancia, el valor y el interés de quien las pronuncia, Ortega y Gasset, el cual tiene títulos suficientes para ser considerado uno de los pensadores europeístas más importantes de la primera mitad del siglo XX —«el decano de la idea de Europa»—, como él mismo se denominó en 1953⁹²—, además de ser un filósofo de proyección y calado internacional; y, en tercer lugar, debemos considerar la magnitud y trascendencia que portan las ideas sobre Europa de la conferencia señalada: el llamamiento a la reconstitución de la nación alemana dentro del contexto europeo, e impulso de la llama europeísta tras el segundo gran conflicto del siglo XX.

En estos parámetros es donde creemos que el caudal europeísta orteguiano queda completamente ponderado, y, de este modo, debe de ser asumido en su totalidad por la clase intelectual, por la clase política que se afana en seguir construyendo una Europa unida, y por todos aquellos que pretendemos asumir con esperanza la ciudadanía europea. Es, pues, necesario conocer y asumir el mensaje europeísta de Ortega, al que se puede considerar sin duda uno de los padres espirituales de la idea de Europa y del proceso de construcción, salvando con ello una pequeña porción de las carencias de carácter cultural y filosófico a la que nos hemos referido, además de poseer estos instrumentos intelectuales en un momento como el actual, donde los europeos nos volvemos a preguntar sobre la esencia e identidad europea⁹³.

Universidad de Valladolid, Oviedo, Septem ediciones, 2001, pp. 11-23; y también en Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á., *Historia de la Unión Europea. De los Seis a la ampliación al Este*, Madrid, Arco/Libros, 2003, pp. 19-34.

⁹² Ortega y Gasset, José, *Europa y la idea de nación*, Madrid, Alianza, 1985, p. 20.

⁹³ Al respecto, no tenemos más que mencionar el debate existente en la configuración de la Constitución Europea sobre las raíces cristianas de Europa (Véase, por ejemplo, el libro de Dalmacio Negro, *Lo que Europa debe al Cristianismo*, Madrid, Unión Editorial, 2004, para tener una idea meridiana sobre la contribución de la religión cristiana a la edificación de la civilización europea; también Suárez Fernández, Luis, *Cristianismo y europeidad: una reflexión histórica ante el tercer milenio*, Eunsa, 2003; González Faus, José Ignacio, *¿Son cristianas las raíces de Europa?*, Sal Terrae, 1999), o, por otro lado, la posible incorporación de Turquía a la Unión Europea (Véase, por ejemplo, Contreras, Delia, *Turquía: el largo camino hacia Europa*, Madrid, Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo CEU, 2004; Remiro Brotons, Antonio (director), *Los límites de Europa: la adhesión de Turquía a la Unión Europea*, Madrid, Academia Europea de Ciencia y Artes, 2005; Rubiol, Gloria, *Turquía, entre Occidente y el Islam. Una historia contemporánea*, Barcelona, Viena, 2004, sobre todo las pp. 239-484, referentes a las últimas décadas de la historia de la República turca).